

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Un asunto de honor

*A Teresa, Ángel, Mar, Chacón
y todos ellos.*

UN ASUNTO DE HONOR

1. El puticlub del Portugués

Era la más linda Cenicienta que vi nunca. Tenía dieciséis años, un libro de piratas bajo la almohada y, como en los cuentos, una hermanastra mala que había vendido su virginidad al portugués Almeida, quien a su vez pretendía revendérsela a don Máximo Larreta, propietario de Construcciones Larreta y de la funeraria *Hasta Luego*.

—Un día veré el mar —decía la niña, también como en los cuentos, mientras pasaba la fregona por el suelo del puticlub. Y soñaba con un cocinero cojo y una isla, y un loro que gritaba no sé qué murga sobre piezas de a ocho.

—Y te llevará un príncipe azul en su yate —se le choteaba la Nati, que tenía muy mala leche—. No te jode.

El príncipe azul era yo, pero ninguno de nosotros lo sabía, aún. Y el yate era el Volvo 800

Magnum de cuarenta toneladas que a esas horas conducía el que suscribe por la Nacional 435, a la altura de Jerez de los Caballeros.

Permitan que me presente: Manolo Jarales Campos, veintisiete años, la mili en Regulares de Ceuta y año y medio de talego por dejarme liar bajando al moro y subir con lo que no debía. De servir a la patria me queda un diente desportillado que me partió un sargento de una hostia, y de El Puerto de Santa María el tabique desviado y dos tatuajes: uno en el brazo derecho, con un corazón y la palabra *Trocito*, y otro en el izquierdo que pone: *Nací para haserte sufrir*. La *s* del *haserte* se la debo a mi tronco Paco Seisedos, que cuando el tatuaje estaba con un colocón tremendo, y claro. Por lo demás, el día de autos yo había cumplido tres meses de libertad y aquel del Volvo era mi primer curro desde que estaba en bola. Y conducía tan campante, oyendo a los Chunguitos en el radiocassette y pensando en echar un polvo donde el portugués Almeida, o sea, a la Nati, sin saber la que estaba a punto de caerme encima.

El caso es que aquella tarde, día de la Virgen de Fátima —me acuerdo porque el portugués Almeida era muy devoto y tenía un azulejo con

farolillo a la entrada del puticlub—, aparqué la máquina, metí un paquete de Winston en la manga de la camiseta, y salté de la cabina en busca de un alivio y una cerveza.

—Hola, guapo —me dijo la Nati.

Siempre le decía hola guapo a todo cristo, así que no vayan ustedes a creer. La Nati sí que estaba tremenda, y los camioneros nos la recomendábamos unos a otros por el VHF, la radio que sirve para sentirnos menos solos en ruta y echarnos una mano unos a otros. Había otras chicas en el local, tres o cuatro dominicanas y una polaca, pero siempre que la veía libre, yo me iba con ella. Quien la tenía al punto era el portugués Almeida, que la quitó de la calle para convertirla en su mujer de confianza. La Nati llevaba la caja y el gobierno del puticlub y todo eso, pero seguía trabajando porque era muy golfa. Y al portugués Almeida los celos se le quitaban contando billetes, el hijoputa.

—Tè voy a dar un revolcón, Nati. Si no es molestia.

—Contigo nunca es molestia, guapo. Lo que son es cinco mil.

Vaya por delante que de putero tengo lo justo. Pero la carretera es dura, y solitaria. Y a los

veintisiete tacos es muy difícil olvidar año y medio de ayuno en el talego. Tampoco es que a uno le sobre la viruta, así que, bueno, ya me entienden. Una alegría cada dos o tres semanas viene bien para relajar el pulso y olvidarse de los domingueros, de las carreteras en obras y de los picoletos de la Guardia Civil, que en cuanto metes la gamba te putean de mala manera, que si la documentación y que si el manifiesto de carga y que si la madre que los parió, en vez de estar deteniendo violadores, banqueros y presentadores de televisión. Que desde mi punto de vista son los que más daño hacen a la sociedad.

Pero a lo que iba. El caso es que pasé a los reservados a ocuparme con la Nati, le llené el depósito y salí a tomarme otra cerveza antes de subirme otra vez al camión. Yo iba bien, aliviado y a gusto, metiéndome el faldón de la camiseta en los tejanos. Y entonces la vi.

Lo malo —o lo bueno— que tienen los momentos importantes de tu vida es que casi nunca te enteras de que lo son. Así que no vayan a pensar ustedes que sonaron campanas o música como en el cine. Vi unos ojos oscuros, enormes, que me miraban desde una puerta medio abierta,

y una cara preciosa, de ángel jovencito, que desentonaba en el ambiente del puticlub como a un cristo pueden desentonarle un rifle y dos pistolas. Aquella chiquilla ni era puta ni lo sería nunca, me dije mientras seguía andando por el pasillo hacia el bar. Aún me volví a mirarla otra vez y seguía allí, tras la puerta medio entornada.

—Hola —dije, parándome.

—Hola.

—¿Qué haces tú aquí?

—Soy la hermana de Nati.

Coño con la Nati y con la hermana de la Nati. Me la quedé mirando un momento de arriba abajo, flipando en colores. Llevaba un vestido corto, ligero, negro, con florecitas amontonadas, y le faltaban dos botones del escote. Pelo oscuro, piel morena. Un sueño tierno y quinceañero de esos que salen en la tele anunciando compresas que ni se mueven ni se notan ni traspasan. O sea. Lo que en El Puerto llamábamos un yogurcito. O mejor, un petisuis.

—¿Cómo te llamas?

Me miraba los tatuajes. Manolo, respondí.

—Yo me llamo María.

Hostias con María. Vete largando, Manolín, colega, pero ya mismo, me dije.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Guío un camión —dije, por decir algo.

—¿A dónde?

—Al sur. A Faro, en Portugal. Al mar.

Mi instinto taleguero, que nunca falla, anunciaba esparrame. Y como para confirmarlo apareció Porky al otro lado del pasillo. Porky era una especie de armario de dos por dos, una mala bestia que durante el día oficiaba de conductor en la funeraria *Hasta Luego* y de noche como vigilante en el negocio del portugués Almeida, donde iba a trabajar con el coche de los muertos por si había alguna urgencia. Grande, gordo, con granos. Así era el Porky de los cojones.

—¿Qué haces aquí?

—Me pillas yéndome, colega. Me pillas yéndome.

Cuando volví a mirar la puerta, la niña había desaparecido. Así que saludé a Porky —me devolvió un gruñido—, fui a endiñarme una birra Cruzcampo y un café, le di una palmadita en el culo a la polaca, eché una meada en los servicios y volví al camión. Los faros de los coches que pasaban me daban en la cara, trayéndome la imagen de la niña. Eran las once de la noche, más o menos, cuando pude quitármela de

la cabeza. En el radiocassette, los Chunguitos cantaban *Puños de acero*:

*De noche no duermo
de día no vivo...*

Abrí la ventanilla. Hacía un tiempo fresquito, de puta madre.

*Me estoy volviendo loco,
maldito presidio...*

Hice diez kilómetros en dirección a Frege-nal de la Sierra antes de oír el ruido mientras cambiaba de cassette. Sonaba como si un ratón se moviera en el pequeño compartimento con litera que hay para dormir, detrás de la cabina. Las dos primeras veces no le di importancia, pero a la tercera empecé a mosquearme. Así que puse las intermitencias y aparqué en el arcén.

—¿Quién anda ahí?

La que andaba era ella. Asomó la cabeza como un ratoncito asustado, jovencita y tierna, y yo me sentí muy blando por dentro, de golpe, mientras el mundo se me caía encima, cacho a cacho. Aquello era secuestro, estupro, vaya usted

a saber. De pronto me acordé de la Nati, del portugués Almeida, del careto de Porky, del coche fúnebre aparcado en la puerta, y me vinieron sudores fríos. Iba a comerme un marrón como el sombrero de un picador.

—¿Pero dónde crees que vas, tía?

—Contigo —dijo, muy tranquila—. A ver el mar.

Llevaba en las manos un libro y a la espalda una pequeña mochila. Las ráfagas de faros la iluminaban al pasar, y en los intervalos sólo relucían sus ojos en la cabina. Yo la miraba desconcertado, alucinando. Con cara de gilipollas.